UCA
Pontificia Universidad Católica Argentina
Biblioteca digital
de la Universidad Catolica Argentina

Fernández, Víctor Manuel

La preocupación por la vida en "Aparecida"

Vida y Ética. Año 8, Nº 2, Diciembre 2007

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.
La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fernández, Víctor M.. "La preocupación por la vida en "Aparecida""[en línea]. *Vida y Ética*. 8.2 (2007). Disponible en: http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/preocupacion-por-vida-aparecida-fernandez.pdf [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

LA PREOCUPACIÓN POR LA VIDA EN "APARECIDA"

Víctor Manuel Fernández

- Sacerdote
- Licenciado en Teología con especialización bíblica por la Pontificia Universidad Gregoriana
- Doctor en Teología por la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA)
- Profesor de Ética, Psicología, Hermenéutica, Antropología, Método Exegético, Nuevo Testamento, Homilética y Teología espiritual en diversos centros de Buenos Aires y de Córdoba, además de distintos cursos y seminarios para Licenciatura
- Vicedecano de la Facultad de Teología de la UCA (2002 – presente)
- Profesor ordinario titular de Teología Moral II en la Facultad de Teología de la UCA
- Ha dictado numerosos cursos y conferencias en Argentina y en otros países
- Presidente de la Sociedad Argentina de Teología
- Fue rector del Profesorado en Ciencias Sagradas y Filosofía "Jesús Buen Pastor" de Río Cuarto, fundador y rector del Instituto Diocesano de Formación Laical y director de estudios del Seminario de la misma ciudad.
- Perito de la Comisión de Fe y Cultura y lector experto de la Comisión de Catequesis del Episcopado argentino. Fue perito del Secretariado para la Formación permanente del Episcopado argentino y miembro del equipo de reflexión que asesoró al Episcopado argentino para la actualización de las Líneas Pastorales; fue director de Catequesis y asesor de movimientos laicales en Río Cuarto (1989 – 1997), párroco de "Santa Teresita", en la ciudad de Río Cuarto, (1993 – 2000). Formador del Seminario de Río Cuarto (1998-1993 y 2000-2007)
- Ha colaborado y colabora como perito en el CELAM, en el ámbito de la reflexión teológica pastoral
- Colaboró como perito en la V Conferencia del

Episcopado latinoamericano en Aparecida (2007) y participó en la redacción del Documento Conclusivo
- Director de la revista Teología desde 2003, y codirector de varios libros publicados por la Facultad de Teología
- Entre libros, subsidios y artículos científicos, cuenta con 215 publicaciones en Argentina y en varios países de América Latina y Europa

Palabras clave

- Vida en cristo
- Dignidad humana
- Iglesia

Para quienes se empeñan en la defensa de la vida, el Documento de Aparecida es una buena noticia. A partir de un proceso de amplio debate y participación, la perspectiva de la vida plena ha plagado con tenacidad todo el Documento. [1] Basta advertir que la palabra "vida" aparece 631 veces, mucho más que cualquier otra expresión, incluyendo "Jesucristo", "Iglesia" y también "discípulos" y "misioneros". [2] Esto se manifiesta también en expresiones recurrentes como "el Dios de la vida" (DA 219, 459, 470, 514) y "el Reino de vida" (DA 143, 353, 358, 361, 366). Por otro lado, el título de cada una de las tres partes del Documento comienza con "la vida". [3]

Es razonable que así haya ocurrido si se quería ser coherentes con el tema de la V Conferencia, donde el discipulado y la misión en definitiva tienen sentido "*para que* nuestros pueblos, en Él, *tengan vida*". Ese es el gran eje, ya que el "para qué" indica la finalidad de toda la actividad de la Iglesia: "La propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, *el contenido fundamental de esta misión,* es la oferta de una vida plena para todos" (DA 361). "La Iglesia tiene como *misión propia y específica* comunicar la vida de Jesucristo a todas las personas" (DA 386). Lo mismo se expresa en el título del capítulo 7: "La misión de los discípulos *al servicio de* la vida plena". Se quiere mostrar que la relación con Jesucristo no nos hace menos felices, "no nos exige que renunciemos a nuestros anhelos de intensidad vital", sino que nos ayuda a desarrollarnos plenamente y a disfrutar más y mejor de la existencia, porque "Él ama nuestra felicidad *también en esta tierra*" (DA 355).

¿DE QUÉ VIDA HABLAMOS?

Esta propuesta de vida está íntimamente unida a Jesús mismo. La relación personal con él nos amplía los horizontes para alcanzar una felicidad más plena, para encontrarle el sentido más profundo a todo lo que nos pasa, también a los momentos duros: "Jesucristo nos ofrece mucho, incluso mucho más de lo que esperamos [...] Se entrega él mismo como la vida en abundancia" (DA 357). Por otra

[1] Un análisis más amplio y completo sobre Aparecida puede encontrarse en mi libro: *Aparecida. Guía para leer el documento y crónica diaria*, Buenos Aires (San Pablo) – México (Dabar), 2007.

[2] Veamos sólo algunos ejemplos de la frecuencia de palabras importantes, para compararla con la frecuencia impresionante de la expresión "vida": Dios (353), Discípulo/s, discipulado (265), Eucaristía, Misa (56), Evangelizar, evangelización (122), Familia/s (174), Fe (120), Iglesia (416), María, Virgen, Madre (43), Misión, misioneros/s, misionera (381), Pastoral (195), Pecado (31), Presbítero, sacerdote/s (69), Sacramento/s, sacramental (62), Secta/s (1), Secularismo, secularización, secularizante (7), Sufrimiento (12), Valores (64), Verdad (114).

[3] 1: "*La vida* de nuestros pueblos hoy". 2: "*La vida* de Jesucristo en los discípulos misioneros". 3: "*La vida* de Jesucristo para nuestros pueblos".

parte, su "seguimiento es fruto de una fascinación que responde al deseo de realización humana, al deseo de vida plena" (DA 277).

Pero se trata de una vida que no puede clausurarse en el sujeto, sino que por su propia naturaleza tiende a comunicarse a otros. La misión se presenta así como una consecuencia directa de una existencia bien vivida. Tomando este punto de partida positivo ante los anhelos humanos, se quiere mostrar que una vida digna y feliz no se realiza en el aislamiento y en la comodidad individualista, en una obsesión por la propia vida. El Documento recuerda que una ley de la vida es que ésta crece en la medida en que uno la comunica por amor (DA 358-360). Esa comunicación amorosa de vida es también la finalidad de la existencia de la Iglesia, como tan bien lo expresó el Papa: "El Amor es el que da la vida; por eso la Iglesia es enviada a difundir en el mundo la caridad de Cristo, para que los hombres y los pueblos 'tengan vida y la tengan en abundancia'(Jn 10, 10)". [4]

A partir de esta convicción se quiere promover una actividad misionera mucho más intensa, para llegar especialmente a los que están más abandonados. Consiste en buscar una mayor cercanía, sobre todo con los pobres. Dentro de esta actividad misionera se destaca el aliento para que los laicos colaboren en la transformación de las estructuras de la sociedad civil. Sin duda, ésta es una de las preocupaciones que reaparece, de una forma o de otra, en todo el Documento, que considera "una contradicción dolorosa que el continente de mayor número de católicos sea también el de mayor inequidad social" (DA 527).

Finalmente, hay otro aspecto de la vida nueva que permite comprender adecuadamente la misión: consiste en reconocer que sólo podremos ser realmente misioneros al servicio de una vida plena si somos *discípulos* de Jesucristo. Se quiere remarcar que *todos* somos discípulos (el Papa, los empresarios, cada ama de casa, etc.), necesitados de una conversión continua y de un encuentro siempre renovado con Jesucristo, y que *siempre* somos discípulos, hasta la muerte. Por esta misma razón se dedica todo el largo capítulo seis al encuentro con Jesucristo y a la formación permanente de los cristianos. Este eje también invita a simplificar la vida y la predicación, porque destaca, siguiendo a Benedicto XVI, que ser cristianos es ante todo un encuentro personal con Jesucristo, más que una decisión ética o una idea (DA 243). Vivir bien es ser discípulos.

El encuentro personal con Cristo y el amor que mueve a comunicar vida a los

4. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de Inauguración de la V Conferencia*, 13 de mayo de 2007.

demás se presentan como los dos aspectos esenciales de la existencia cristiana a los cuales tiene que orientarse todo lo demás. El Papa fue suficientemente claro al respecto al referirse a la encíclica *Deus Caritas est*, "con la cual quise indicar a todos *lo que es esencial* en el mensaje cristiano". [5]

Esta oferta de vida tiene un carácter marcadamente cristológico, en primer lugar porque quien ofrece y hace posible esa vida es Cristo mismo: "Jesús, el Buen Pastor, quiere comunicarnos su vida y ponerse al servicio de la vida" (DA 353). Se mencionan varios signos concretos de esta actitud donativa, particularmente cuando se hace cercano al pobre del camino, cuando dignifica a la samaritana, cuando sana a los enfermos, cuando alimenta al pueblo hambriento, cuando come y bebe con los pecadores, etc. (DA 353).

Además del texto de Jn 10, 10 que expresa esta voluntad de Cristo de traernos vida en plenitud, se menciona 1 Tim 6, 17, para indicar que esa vida incluye el legítimo disfrute de las cosas de este mundo (cf. DA 355). Este sentido integrador se desarrolla inmediatamente a partir de una cita del Discurso inaugural de Benedicto XVI (n. 4), diciendo que la vida nueva de Jesucristo desarrolla en plenitud la existencia humana "en su dimensión personal, familiar, social y cultural", con lo cual Jesucristo se manifiesta como "nuestro Salvador en todos los sentidos de la palabra" (DA 356).

Para ser más explícito todavía y no dejar lugar a dudas, el Documento se detiene a enumerar algunas expresiones de este sentido integrador de la "vida en Cristo":

> "La vida en Cristo incluye la alegría de comer juntos, el entusiasmo por progresar, el gusto de trabajar y de aprender, el gozo de servir a quien nos necesite, el contacto con la naturaleza, el entusiasmo de los proyectos comunitarios, el placer de una sexualidad vivida según el Evangelio y todas las cosas que el Padre nos regala como signos de su amor sincero" (DA 356).

Se trata de mostrar la profunda unidad que existe entre la amistad con Jesucristo y el ideal humano de felicidad y plenitud vital. Esta convicción debería incorporarse explícitamente en el anuncio del Evangelio, y trasfigurar la predicación, porque "la propuesta de Jesucristo a nuestros pueblos, el contenido fundamental de esta misión, es la oferta de una vida plena para todos. Por eso, la doctrina, las normas, las orientaciones éticas, y toda la actividad misionera de la Iglesia, debe dejar transparen-

5. Íbid.

tar esta atractiva oferta de una vida más digna, en Cristo, para cada hombre y para cada mujer de América Latina y El Caribe" (DA 363). La necesidad de aplicar esta convicción en la pastoral ordinaria aparece también en otra parte del Documento, donde se dice que "no se concibe que se pueda anunciar el Evangelio sin que éste ilumine, infunda aliento y esperanza, e inspire soluciones adecuadas a los problemas de la existencia" (DA 333).

De ningún modo se quiere proponer un hedonismo que nos clausure en la inmanencia, sino más bien que incluso en medio del gozo, el placer y la intensidad vital se haga presente a Dios, para darle a todo su último sentido. Por eso se sostiene que "podemos encontrar al Señor en medio de las alegrías de nuestra limitada existencia y, así, brota una gratitud sincera" (DA 356).

Puesto que lo que se ofrece es vida "en Él", se nos invita a descubrir que la presencia de Jesucristo en la Eucaristía es "el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad" (354).

Dicho esto, es necesario volver a cerrar el círculo, para no entender esta plenitud espiritual de un modo dialéctico, como si la apertura a la trascendencia se convirtiera automáticamente en una autoinmolación donde lo humano es negado. Entonces hay que recordar que "su amistad no nos exige que renunciemos a nuestros anhelos de plenitud vital, porque Él ama nuestra felicidad también en esta tierra" (DA 355), que Cristo "no quita nada" (DA 15; 352) y que buscando la santidad "no vivimos menos, sino mejor, porque cuando Dios pide más es porque está ofreciendo más" (DA 352).

Pero a esta propuesta podrían caberle algunas objeciones importantes que proceden del contacto con la degradación de la vitalidad que puede advertirse en muchas situaciones actuales. El Documento menciona la amenaza del "gris pragmatismo" y la mezquindad en que deriva (DA 12), además del "debilitamiento de la vida cristiana" (DA 100b) y "una evangelización con poco ardor" (DA 100c). Pero detrás de estos síntomas hay una problemática que afecta en general a cualquier sujeto de hoy, sea o no cristiano. Se trata de la tendencia generalizada a *encerrarnos en un mundo de privacidad cómoda*. Es la obsesión por disfrutar de la vida y por preservar, con una constante tensión defensiva, los espacios privados de autonomía. Por eso finalmente vivimos escapando unos de otros, cuidándonos unos de otros y retaceando el tiempo, el afecto, el compromiso. No me refiero sólo a las personas que escapan de los demás o se clausuran en pequeños grupos para retirarse a comer, a beber o a buscar sexo en Internet, sino a esa tendencia a reducir los propios deseos y perspectivas a los intereses per-

sonales. Surge así una *"conciencia aislada", clausurada en un mundo pequeño, caracterizada por la ansiedad y la insatisfacción constante*, donde la vida del otro interesa poco. Es fácil advertir que un sujeto que ha sido penetrado por ese estilo de vida no puede ser misionero, no puede estar *internamente* disponible para prestar un servicio, por lo cual no encontrará tiempo para hacerlo. Un sujeto así tampoco podrá concretar una verdadera opción por los pobres, un compromiso ciudadano coherente y constante, una entrega generosa:

> "En esta época, suele suceder que defendemos demasiado nuestros espacios de privacidad y disfrute, y nos dejamos contagiar fácilmente por el consumismo individualista. Por eso, nuestra opción por los pobres corre el riesgo de quedarse en un plano teórico o meramente emotivo, sin verdadera incidencia en nuestros comportamientos y en nuestras decisiones" (DA 397).

Si el criterio último es la propia satisfacción en un mundo privado autónomo, donde los propios derechos se vuelven absolutos, la vida de los más débiles es la que lleva las de perder:

> "También se verifica una tendencia hacia la afirmación exasperada de derechos individuales y subjetivos [...] La afirmación de los derechos individuales y subjetivos, sin un esfuerzo semejante para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente de quienes son más pobres y vulnerables" (DA 47).

Se trata de una degradación del sujeto que finalmente volvería inútil cualquier cambio político, legal o estructural. Pero además, es un estilo de vida que atenta contra la misma felicidad del sujeto. Por eso, el camino hacia una vida más digna y más plena implica ineludiblemente una educación del mundo de los deseos, un aprendizaje para satisfacer *gradual y profundamente* las necesidades, en un sabio camino de educación de la emotividad; alternando momentos de entrega generosa y de descanso, de lucha y de placer, de trabajo y de fiesta, de generosidad y de auto satisfacción. Esto implica no dejarse dominar por la necesidad de vivirlo todo inmediatamente o sin límite alguno, y aceptar que el momento presente no es absoluto.

La propuesta de Aparecida no implica entonces renunciar a educar las pasiones y los deseos, cosa tan necesaria hoy, pero siempre habrá que hacerlo de tal manera que se manifieste que esa educación está al servicio de una vida más digna y feliz. Así puede comprenderse en todo su sentido que "la vitalidad que Cristo ofrece nos invita a ampliar nuestros horizontes" (DA 357). Somos humanistas por ser auténti-

camente cristianos, y somos cristianos por ser auténticamente humanistas.

Es importante que quienes luchan por la defensa de la vida acojan este rico contexto que ofrece el Documento de Aparecida.

EL FUNDAMENTO PARA LA DEFENSA DE LA VIDA FRÁGIL

Con lo dicho hasta ahora, podemos advertir que la opción por la vida en Aparecida no se limita al ámbito meramente biológico, reducida a la defensa de la vida del niño por nacer. Se defiende una vida que está llamada a la plenitud. No obstante, la defensa de la vida humana en todas sus formas ha ocupado un lugar importante en el Documento, enriquecida por este marco más amplio que no disminuye sino que fortalece las razones para luchar a favor de la vida indefensa. Este marco más amplio ayuda a descubrir que se defiende una vida que trasciende lo animal y que al defender esa vida humana se está creando la posibilidad de realizar un camino histórico de gracia y libertad que le permita alcanzar una plenitud insospechada.

Los temas de la familia y la vida ocupan un lugar especial en el Documento. En las primeras redacciones se perdían en un extenso capítulo 8, junto con un abanico de cuestiones heterogéneas como los medios de comunicación, la pastoral urbana, la integración latinoamericana, etc. Yo mismo propuse subdividir ese gran capítulo para ordenar mejor la temática. De esta manera, aquel capítulo 8 se convirtió en tres capítulos. El 9 se dedicó exclusivamente a los temas de la familia y la cultura de la vida. Al final de ese capítulo se dedica un espacio al cuidado del medio ambiente. De esa manera se intenta romper una falsa dialéctica que pretende hacer pensar que la Iglesia defiende la vida por nacer desentendiéndose de la degradación del ambiente que termina perjudicando a toda vida humana. Por eso mismo, para evitar dar a entender que la Iglesia se opone al aborto y a la eutanasia despreocupándose de la vida concreta de las personas ya nacidas que caminan por la tierra, este capítulo incluye la preocupación por los niños, los jóvenes y los ancianos. Al mismo tiempo, se refiere al cuidado de la vida "desde la concepción, *en todas sus etapas*, y hasta la muerte natural" (DA 464).

Pero precisamente porque defiende la vida humana en todas sus formas, se explicita que esa defensa no encontrará argumentos sólidos si se descuida la vida más frágil e inocente del niño por nacer. De esa manera, todas las formas de vida humana estarán siempre gravemente amenazadas y siempre aparecerán razones para despreciarlas y lastimarlas. En este punto el documento ofrece un sólido y clave argumento en contra de los que pretenden defender la salud, el

ambiente, la vida o los derechos humanos, tratando con asombrosa superficialidad y descuido la vida humana más indefensa:

> "Si queremos sostener un fundamento sólido e inviolable para los derechos humanos, es indispensable reconocer que la vida humana debe ser defendida siempre, desde el momento mismo de la fecundación. De otra manera, las circunstancias y conveniencias de los poderosos siempre encontrarán excusas para maltratar a las personas" (DA 467).

Pero más allá de lo que dicen sobre la cultura de la vida los puntos 464-469, que podrían ser considerados demasiado breves o pobres, es importante destacar que este capítulo 9 está precedido por el capítulo 8, que le otorga una profunda base. Si bien el punto 464 toma como punto de partida la altísima dignidad del ser humano, imagen y semejanza de Dios, esta convicción encuentra su mejor desarrollo en el capítulo 8, y sobre todo en el punto 388. Ya en ese punto se sostiene que el ser humano, imagen viviente de Dios, "es siempre *sagrado*, desde su concepción, en todas las etapas de su existencia, hasta su muerte natural y después de la muerte". Este párrafo situado en un capítulo que retoma y remarca la opción por los más pobres y abandonados, ayuda a mostrar cómo la opción por los pobres y la defensa de la vida humana por nacer no se encuentran en contraposición. Al contrario. La expresión "cultura de la vida" incluye la preocupación por la vida digna de los pobres:

> "Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la *cultura de la vida*" (DA 358).

Pero en el punto 388 se dice algo más. Cada ser humano, desde su concepción, no sólo es sagrado, sino que tiene una "dignidad *infinita*". El documento cita así una expresión poco conocida de Juan Pablo II, dicha en un mensaje a los discapacitados el 16 de noviembre de 1980. Antes de Juan Pablo II quien había dicho algo semejante era el filósofo Hegel, quien destacó que la convicción sobre el valor de cada ser humano, indispensable para entender el fundamento de los derechos humanos, está en el pensamiento cristiano, que permite atribuir a cada individuo un valor infinito:

> *"Partes enteras de la tierra, África y Oriente, no han poseído nunca esta idea y no la tienen todavía; Los griegos y los romanos, Platón, Aristóteles e incluso los estoicos, tampoco la han tenido [...] Esta idea ha venido al mundo por el cristianismo, según el cual el individuo en cuanto tal tiene un valor infinito" (Enc § 482 N).*

Si Hegel atribuye al cristianismo esta convicción de que "el sujeto tiene una importancia infinita" (Rel III, 134, 1124), Juan Pablo II lo ha recogido y lo ha aplicado refiriéndose a individuos frágiles y frecuentemente despreciados por sus discapacidades. Esta es la convicción que recoge Aparecida en el punto 388, con lo cual todos los temas del capítulo 9 encuentran un natural desarrollo.

Pero el fundamento último de esa dignidad infinita de cada ser humano, desde su concepción, está en el amor infinito de Dios. Allí encuentra su mejor sustento la cultura de la vida:

> "Una auténtica evangelización de nuestros pueblos implica asumir plenamente la radicalidad del amor cristiano, que se concreta en el seguimiento de Cristo en la Cruz; en el padecer por Cristo a causa de la justicia; en el perdón y amor a los enemigos. Este amor supera al amor humano y participa en el amor divino, único eje cultural capaz de construir una *cultura de la vida*" (DA 543).

LA OPCIÓN POR LA VIDA DE LOS LATINOAMERICANOS

Aparecida adopta cierta mirada latinoamericana al reconocer ese "vitalismo" que caracteriza a los pueblos del continente y que otorga una nota peculiar a sus búsquedas espirituales: "Nuestros pueblos no quieren andar por sombras de muerte; tienen sed de vida y felicidad en Cristo. Lo buscan *como fuente de vida*" (DA 351), para que les ayude a vivir mejor.

Pero al mismo tiempo, los latinoamericanos pobres aman la vida, gozan prolongándose en los hijos, que son su mayor tesoro. Y siguen haciéndolo a pesar de las burlas y desprecios que ocasiona esta opción en los sectores más ilustrados de la misma Iglesia. Un escritor latinoamericano ha expresado bellamente esta opción por la vida:

> "Frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios, ni las pestes, ni las hambrunas, ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera. Cada año hay setenta y cuatro millones más de nacimientos que de defunciones [...] La mayoría de ellos nacen en los países de menos recursos, y entre estos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces, no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino a la totalidad de seres vivos [...] Nos sentimos con el derecho de

creer que todavía no es tarde para emprender la creación de una utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad en esta tierra". [6]

6. GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel, *Discurso ante la Academia sueca*, al recibir el premio Nobel de literatura en 1982. Citado por V. Codina en *Creo en el Espíritu Santo*, Santander, 1994, p. 181.